

luzes de un Hombre de Estado y las virtudes del patriota, se hace merecedor de entrambos títulos: este es el ángel tutelar de la Patria para los pueblos, y cuanta felicidad se propaga por el Estado, toda la atribuyen á la sabiduría de sus consejos ó á la constancia de sus expediciones y á la habilidad con que sabe dirigir y gobernar todos los movimientos de la máquina política; y cuando le sobreviene algún peligro al Estado, todos ponen en él los ojos é imploran el remedio de su brazo, muy confiados, y no en vano, porque entonces el Hombre de Estado es, al mismo tiempo, un verdadero patriota.

Este mismo título, tomado en un sentido más lato y no tan propio, se suele dar también á unos hombres que no tienen ninguna semejanza con el retrato que acabamos de hacer; porque se da, por ejemplo, á un Ministro que sabe más el arte de intrigar que la ciencia de gobernar, y que tiene también menos virtud que ciencia. También suele darse á uno que ni con su ciencia ni con la virtud hace ningún servicio al Estado, porque, llevado de un espíritu flojo y pusilánime, apenas es capaz de resolverse, y cede con la mayor cobardía á toda impresión ajena; ve el bien y lo apetece, y sin embargo de que lo desea, no se resuelve á ir en busca de él hasta conseguirlo, por más que le estimulen sus deseos. Otras veces suele darse también el uso de este mismo título á un hombre que está entregado enteramente al interés y tiene la habilidad de saber disfrazar bien esta baja y sórdida pasión. ¿Quién de los ingleses se acobardará ya, en el día, de los Spéncer, de los Gáveston y de los Wólsey? Cuando semejantes monstruos comparecen en el teatro del mundo político, se hacen odiosos de los sabios y cargan con toda la abominación de los prudentes; aunque nunca faltan viles aduladores que suelen honrarlos con el título de Hombres de Estado. Su memoria servirá de horror y de espanto á la posteridad; y, por lo mismo, deben trabajar los miembros del Estado para perseguirlos, y todos deben juntar sus votos y todas sus fuerzas para arruinarlos. Tal fué la justa indignación que contrajeron los romanos, en tiempo del Emperador Tiberio, contra Sejano, cuya pérdida colmó de satisfacciones á todos, y es detestada hoy todavía de todos los corazones virtuosos.

De todo esto se concluye que este título de Hombre de Estado es equívoco muchas veces, y que no han sido pocas las que se ha dado á hombres de un carácter del todo contrario al de Hombre de Estado; porque se ha dado más veces al puesto que al mérito. Lo mismo sucede con el título de patriota.

Este último carácter parece que está más bien distinguido: su virtud es el amor á la Patria, y no tiene más interés que el del bien público, el cual comprende en sí todos los demás intereses. Y si alguna vez llega á perder de vista este principio, perderá con él juntamente el nombre de patriota.

El buen patriota siempre está dispuesto á privarse de las dulzuras de la vida privada, cuando lo exige el bien de la Patria. El toma parte en las disensiones civiles, á fin de apagar el fuego que las inflama, y se mezcla también en los bandos para reprimir á los faccionarios; y confundido entre ellos, penetra todas sus intrigas y movimientos, se entera de sus designios y se opone poderosamente á sus empresas; él es quien enciende en los pechos de todos, el celo patriótico que tanto inflama el suyo, y nada de esto hace por interés alguno particular, sino únicamente por el amor á la Patria. El bienestar de sus conciudadanos, la defensa de sus privilegios y de su libertad, y el abatimiento de toda potestad que aspire al despotismo, son el objeto de todos sus cuidados en cualquier Estado bien gobernado, el móvil de sus acciones y el fin á donde se dirigen todas sus miras y todos sus esfuerzos.

Sin embargo, el hombre puede abusar de todo; y de nada es más fácil abusar que de las palabras. Y aunque el amor puro y desinteresado hacia el bien público, sea el carácter del patriota, es menester advertir que este mismo amor puede ser ilusorio, ciego, indiscreto y mal dirigido. Y aun me atreveré á decir, que en el primer ardor que inflama los espíritus, casi siempre es un amor excesivo el que preside los juicios que forma de la Administración, cuando está persuadido de que tiene justos motivos para quejarse del Gobierno, y en los remedios que propone para curar un mal que muchas veces no es sino imaginario, y nunca tan grave como lo pinta. El patriotismo es susceptible no sólo de entusiasmo sino también de fanatismo; y así, por más sanas

que sean sus intenciones, pueden ser perjudiciales al Estado.

Quando no se asiste al Consejo, no se puede ver ni saber bien lo que pasa en él; y no pudiéndose ver ni saber sino malamente lo que en él se trata, ¿cómo es posible que alguien pueda juzgar rectamente á ciegas? Los que están colocados en los empleos y puestos más altos, están más expuestos á cometer errores por la multiplicidad de los objetos que hay que combinar y conciliar entre sí; por las contradicciones que se experimentan; por el temor de no acertar; por la muchedumbre de los censores capaces de intimidar á las almas más íntegras, y por otras mil circunstancias tan críticas, que las más veces no ofrecen otro arbitrio ni más recurso que el de determinarse por el menor de dos males. Los pretendidos patriotas jamás reparan ni se detienen en hacer semejantes reflexiones. Todo lo achacan á vicio del corazón, á la ambición, á la codicia, y nada á la natural imitación del espíritu humano; nada á la desgracia de las circunstancias; nada á lo intrincado de los negocios, y nada á los accidentes que moralmente son imposibles de prever. Todas estas cosas y una infinidad de otras muchas que se parecen á éstas, tienen su influjo, más ó menos, en la conducta de los Ministros, y, por lo mismo, deben entrar en la balanza que sirve para pesar las acciones, pues de otro modo corre el gran riesgo de que se engañe groseramente.

No conviene cerrar los ojos voluntariamente, por no ver una malversación evidente, ni debe ser así; porque esto sería hacerse uno cómplice del delito; pero se necesita mucha prudencia y muchas luces para poder juzgar equitativamente sobre ella. La libertad que goza el pueblo inglés, de criticar públicamente las operaciones del Ministerio, hace que sea tanto más difícil este empleo, por la propensión que todos tienen á censurar, y por la ninguna cautela que emplean en ello.

NOTA 2, § XII, PAGINA 220

Las tropas extranjeras, generalmente, cuestan mucho más de mantener que las nacionales; sirven menos y siem-
pre hay re-

celos de que cometan desafueros: tres razones que son más que suficientes para no servirse de ellas. Pudiéramos añadir una infinidad de ejemplos, además de los que alega nuestro Autor, para hacer ver que son de mucho peligro los servicios que hacen las tropas extranjeras. Demasiado común es el vicio que suele reinar en los Príncipes ambiciosos, de aparentar que auxilian á unos para oprimir á otros, cuando no tienen otra intención que avasallar á entrambos, ó á todos finalmente. El socorro más poderoso es, sin duda, el más temible. ¿Cuántas veces un Príncipe que envía socorros, tiene la intención de darles un superior, ofreciendo un aliado, y de avasallar al mismo á quien le está manifestando que quiere ayudarle ó socorrerle? Son demasiado fuertes y escabrosas las pruebas que nos presenta en gran número la Historia, para que se descuiden los Príncipes en esta parte y no procedan con la circunspección que corresponde en esto de pedir y aceptar los auxilios de las tropas, especialmente si han de emprender la guerra en su propio país. El que fia á otros su defensa, deposita en ellos su tranquilidad y hasta su misma vida, y se constituye en una situación precaria, ó que está siempre pendiente de la voluntad de otros, y, por decirlo así, está sujeto á su discreción. El mismo interés que hace alistarse en un partido de tropas mercenarias, puede hacer muy bien que se alistén bajo cualquier otro partido contrario.

Habiendo sido llamado Filipo de Macedonia, por los tebanos, para que los auxiliase, después de haberles ayudado á vencer á sus enemigos, les privó de la libertad que tenían antes. Después de la primera guerra púnica que tuvieron los cartagineses contra los romanos, temió Cartago verse oprimida por los soldados mercenarios que la habitaban.

Los celtiberios, sobornados por los romanos, abandonaron á los cartagineses, y corrompidos después por éstos, volvieron á desamparar á los romanos.

El origen primitivo de la decadencia del Imperio Romano, se atribuye á las armas de los godos, los cuales fueron á socorrerlo, y después de haberlo hecho, lo desmembraron.

Los mismos romanos se habían constituido protectores y

aliados de los pueblos, para someterlos después á su jurisdicción y dominio.

La esclavitud que gimió la Grecia bajo el yugo de los infieles, no tuvo más principio que el auxilio de los diez mil hombres que el joven y gallardo Emperador Andrónico Paleólogo quiso introducir en ella, para que le ayudasen á pelear contra sus vecinos. Este Príncipe logró grandes ventajas sobre sus enemigos, pero sus nuevos amigos no quisieron salir más de la Grecia y vinieron á hacerse dueños de ella finalmente.

Francisco Sforzia fué llamado á Milán, y después de la muerte del Duque Filipo, derrotó á los venecianos y luego vino á unirse con ellos para invadir á los milaneses.

Los mismos venecianos, que se habían hecho tan formidables en la marina, donde no combatían más que con sus propias fuerzas, no pudieron merecer jamás tanta gloria con sus tropas por tierra, donde se valían de las armas mercenarias. Estas armas, que suelen ser perjudiciales, hicieron perder á la República de Venecia, en una sola batalla que perdió en Vaila, todo cuanto había ganado con sus inmensas fatigas en el intervalo de ocho siglos.

Cuando la nación que suministra las tropas extranjeras se ve atacada por algunos enemigos, las mismas gentes que tiene prestadas abandonan inmediatamente al Príncipe á quien están sirviendo por razón del salario que les da, en medio de sus mayores urgencias, y se vuelven á su país á defenderlo de los ataques que le oprimen, como lo hicieron los grisonos que estaban sirviendo bajo los estandartes de Francisco I, cuando Juan Jaime de Médicis les atacó su país.

La misma nación que suministra sus tropas á otra, suele constituirse enemiga muchas veces de aquella á quien se las prestó. Jamás se han visto tan embarazados los franceses como cuando se les declararon los suizos por enemigos, porque como Carlos VIII y Luis XII se habían servido siempre de la Infantería suiza, la Francia se vió en la dura precisión de tener que guerrear con unos enemigos que ella misma había disciplinado á sus costas, y no pudo oponerles más que algunos gascones que eran los que componían entonces toda la Infantería nacional.

Estos mismos suizos hicieron experimentar á Carlos VIII, á Luis XII y á Francisco I, en las guerras de Italia, todos los inconvenientes que traen consigo las tropas mercenarias. Quisieron hacerse dueños de la misma persona de Carlos VIII, como lo vinieron á ser después del desgraciado Luis Sforzia, y para poder pelear mejor contra el mismo que les había dado el pan, se apoderaron de todas las plazas que eran suyas. Hicieron alianzas con él y las rompieron luego; lo abandonaron cuando se hallaba en las circunstancias más críticas; se alborotaron con frecuencia, y, para decirlo todo de una vez, una parte de sus tropas se retiró la víspera de la batalla de Pavía y la otra se portó muy mal en aquella misma guerra.

En los últimos días del reinado de Carlos II, no se componía el ejército español más que de alemanes, holandeses é ingleses, con cuyo motivo, luego que subió al trono Felipe V, se volvieron á auxiliar á sus Soberanos, los cuales declararon luego la guerra á este Monarca. Y aunque los suizos que servían entonces á la Francia, no la desampararon, sin embargo, hubo algunos de los mismos cantosos que alquilaban sus tropas, que favorecieron el tránsito de las armas y el de los hombres que iban á reunirse al General Mercy. El Duque de Hanover, que fué uno de nuestros enemigos, después de haber pasado el Rhin en Serek, cerca de Philisburgo, lo amenazó con que iba á atacar las líneas de Weisemburgo, donde se había retirado el Mariscal de Harcourt. Esta estratagema no tenía otro fin que facilitar la ejecución de un proyecto muy importante que había encargado el Príncipe al General Mercy. El proyecto era entrar en la Alta Alsacia, para auxiliar al General Thau, que debió pasar el Rhin, y para establecer una comunicación que atravesase el Francocondado. Mercy atravesó el cantón de Basilea con cinco mil hombres que mandaba, sin que se opusiesen á su paso los suizos, siendo así que se habían alborotado siempre que los franceses, que eran antiguos aliados del Cuerpo Helvético, se aproximaron á su territorio. Y habiendo entrado por aquel lado en la Alsacia Superior, avanzó entre Brisac y Huningua, frente de la Isla Neuburgo, donde tenían los franceses cinco escuadrones y ocho batallones, que lo abandonaron. Mercy ocupó este puesto, le-

vantó un puente, y luego marchó á incorporarse con todas las tropas que había podido juntar, para ir contra el Conde de Bourg, Teniente General que acababa de destacar Harcourt con dieciocho escuadrones, seis batallones y cuatrocientos granaderos; los cuales vinieron á encontrarse todos entre Hermestadt y Rumershein, á media legua de distancia de la Isla de Neubourg. El combate no llegó á durar una hora cabal. La Infantería alemana arrojó las armas después de haber hecho su descarga, y la Caballería la seguía á rienda suelta, á fin de ganar el puente, el cual se rompió casi desde el mismo instante que empezaron á pasar por él; y de siete mil hombres que tenía Mercy, no se salvaron más que unos dos mil, y todos los demás quedaron muertos, heridos, presos ó anegados. Si Mercy no hubiera sido vencido, habría podido conocer la Francia entonces, á sus expensas, de qué consecuencia era este pasaje clandestino, y el caso que se puede hacer de los aliados, aun de los mismos que tienen á su sueldo las tropas. Estos y semejantes ejemplos deben ser meditados continuamente por el Hombre de Estado.

NOTA 3, § XXI, PAGINA 228

¿Qué cosa es lo que constituye el poder real é intrínseco de un Estado? En la resolución de tan importante cuestión se suelen engañar ó extraviar comunmente los hombres, mayormente cuando quieren convertir y fijar demasiado su atención en ciertas apariencias brillantes que alucinan. Un Estado puede tener un vasto territorio, muy poblado de habitantes, y muchas riquezas juntamente; y con todo eso, no será más que una potencia muy débil, la cual no podrá tal vez resistir las fuerzas de otra que no tenga todas estas ventajas en igual grado. El Asia nos ofrece muchas de estas vastas Monarquías ricas y muy pobladas, que son mucho menos poderosas que otros varios Estados de la Europa que no poseen unas provincias tan vastas, ni tal inmensidad de riquezas, ni pueblos tan crecidos y numerosos. Y mucho menos podrá bastar una de estas cualidades para hacer poderoso y formidable á un Estado. Si consideramos la dimensión

del terreno, basta medir el mapa y los límites del Imperio Otomano, para convencerse de que el poder de un Estado no guarda siempre proporción con el país que posee. Más de una vez han sido detenidas las fuerzas otomanas por la República de Venecia, y también se han visto tal ó cual vez insultadas por el Orden de Malta. España, Portugal, Holanda y otros muchos Estados, prueban evidentemente, también, que las riquezas no constituyen el poder; es verdad que contribuyen mucho, pero, sin embargo, no son bastantes por sí solas; porque el poder y las fuerzas reales de un Estado dependen del arte de saber sacar todo el partido posible de la extensión del país, del número de sus habitantes y de las riquezas de dicho Estado.

Los políticos definen así el poder: *un cúmulo de cualidades, propiedades y recursos que un Estado halla en sí mismo para hacerse respetar de los demás Estados, para defenderse de los ataques y para hacer valer también, en caso necesario, todos los derechos y pretensiones que pueda tener á cargo de ellos.*

Siete son los caracteres principales que debe tener el poder real: 1º, una razonable extensión de terreno; 2º, una población proporcionada; 3º, una situación local ventajosa; 4º, una buena industria y un comercio floreciente, y esta parte se hace más esencial cada día; 5º, un enlace inmediato con el sistema de la Europa, que influye en todos los negocios de mayor importancia; 6º, un pueblo laborioso, activo, valiente, lleno de honor y de amor patrio, 7º, un sistema de Gobierno sabio, ilustrado y fundado sobre los verdaderos principios políticos. Estos son los caracteres por donde puede apreciar cada nación su verdadero poder.

Hay otra especie de poder, que se llama relativo, el cual consiste en la debilidad de los Estados circunvecinos. Los Estados que dividen la Italia, aunque no tienen un poder real formidable, no dejan por eso de ser respetables entre sí, por la fuerza relativa que poseen.

El poder de opinión no está fundado sobre unas fuerzas reales; toda su fuerza pende únicamente de la consideración en que le tienen las demás naciones. Tal es el poder político del Papa. Como Príncipe secular es muy poco temible, y como cabeza del

Cristianismo, tiene un iuflujo extraordinario en la mayor parte de los Gabinetes de Europa.

El poder accesorio consiste en la posesión de un buen número de comarcas, islas ó colonias distantes, que están separadas del cuerpo del Estado por medio de los mares ó por otros Estados. Este poder accesorio debilita muchas veces el poder real, y le es muy gravoso, no sólo por razón de los cuidados que exige sino también por las cargas inseparables que trae consigo.

Formando juicio de las diferentes Potencias de Europa por los principios que acabamos de exponer, las podemos distribuir en cuatro clases. Pero fijaremos desde luego toda nuestra atención en las dos grandes Potencias que mantienen ejércitos numerosos y además de esto tienen manantiales inagotables y que pueden resistir en todo trance á los insultos de otra cualquiera Potencia, sin otro auxilio ni más alianzas que sus propias fuerzas; éstas son la Francia y la Inglaterra, á las cuales las colocaremos en la primera clase, como superiores á todas las demás Potencias de Europa. La Casa de Austria, la Rusia, la Prusia y la España, ocupan el segundo lugar. Estas son formidables también, cada una por sí, pero no poseen las grandes ventajas de las monarquías francesa é inglesa, ni son capaces de poder sostener por sí solas, sin alianzas ni socorros pecuniarios, una larga guerra y constantemente arriesgada. Los Reinos de Portugal, Cerdeña, Suecia, Dinamarca, Nápoles, la República de Holanda, etc., están constituidos también en otra clase inferior, porque ó bien carecen de un buen ejército militar para poder obrar en cabeza propia, como jefes de un ejército ó de un territorio bastante vasto y dilatado, ó de una crecida y numerosa población, ó de rentas considerables, ó, finalmente, de algunas otras cualidades que eran necesarias para poderse igualar con las demás Potencias superiores que hemos colocado en la primera y segunda clases.

Todos los Estados que se pueden llamar las grandes Potencias de Europa, están reducidos á estas tres clases. La cuarta clase comprende todos lós demás Estados que no son tan poderosos ni tampoco son capaces de poder seguir por sí solos una

guerra, tanto ofensiva como defensiva, cuya política consiste absolutamente en saber conservar una buena armonía con los vecinos, y en saber disfrutar prudentemente las delicias de una feliz medianía.

(«:»)